



El Eco de Cartagena

Año XXXII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9099

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6 id.—Provincias.—Tres meses, 7 id.—Extranjero.—Tres meses, 11 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirigirá al Administrador.

CONDICIONES.—El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras, de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Camartin, 61, y J. Jones, Faubourg-Douai, 31, y en Londres, Agencia General Española, 6, Great Winchester, Street.

LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBIRÁN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, CALLE MAYOR 21.

Anisado de Naranja y Aguardiente Catalán «Flor de Anís» MARCA FARELL

LOS MAS SUPERIORES ANISADOS CONOCIDOS HASTA EL DIA Y LOS QUE POR SUS VIRTUDES TÓNICO-DIGESTIVAS, FUERON PREMIADOS CON MEDALLA DE BRONCE EN LA EXPOSICIÓN DE BURDEOS EN 1852 Y CON LA DE ORO EN LA UNIVERSAL DE BARCELONA DE 1888.

De venta en las principales botillerías, cafés, colmados y confiterías y en la misma fábrica, Carmen 54, Barcelona. Representante exclusivo para las provincias de Albacete y Murcia, DON FERNANDO GIMÉNEZ DE BERENGUER, Lizana 8, principal, Cartagena.

SABADO 27 DE FEBRERO DE 1892

ECOS DE MADRID.

25 de Febrero de 1892.

Aunque el cielo de Madrid se parece estos días al de Londres y por lo tanto inspira más tristeza que alegría, lo cierto es que una buena parte de los habitantes de la villa y corte se divierten de lo lindo.

En los salones aristocráticos se ha roto el hielo y los soñados bailes y las codiciadas recepciones se multiplican estas noches. Las embajadas reciben, el opulento capitalista don Martín Estaban Muñoz ha obsequiado a la más distinguida sociedad madrileña con un expiéndido sarao que se repetirá el lunes de carnaval, se ensaya con actividad la «cuadrille» que ha de bailarse en el palacio de los marqueses de Alcañices y las señoritas elegantes y aristocráticas preocupadas en los trajes que lucirán, no tienen tiempo de mirar al cielo, reflejando por tanto sus ojos las esperanzas y las alegrías de su corazón.

En la esfera de la clase media no es menos luctuosa la animación. Al baile de los Escritores y Artistas, que dicho sea de paso ha producido a la caja de la sociedad cerca de 12.000 pesetas, van a seguir el sábado y el lunes próximos, el baile del Círculo de la Unión Mercantil que todos los años resulta una fiesta brillantísima, y el baile de la Sociedad del Círculo de Bellas Artes que promete ser además de una fiesta social culta y amena un acontecimiento artístico y literario. Los organizadores de este baile han pedido a los poetas, a los músicos y a los pintores detalles de su inteligencia y su inspiración que aparecerán ilustrando y enriqueciendo lindas panderetas que podrán adquirirse por el entretenido procedimiento automático.

Ideando los trajes que deberán servir para aumentar los encantos en el primer baile y los disfraces que contribuirán a ocultarlos para hacerlos más deseados en el segundo, pasan estos días las niñas y las mamás tardes y noches visitando tiendas, examinando figurines, discutiendo con las modistas y preparándose para las alegrías y los triunfos que han de ofrecerles las fiestas proyectadas.

Hasta las madres jóvenes se entregan a tareas análogas, porque el Fomento de las Artes prepara dos bailes infantiles que se celebrarán el domingo de carnaval y el de Piñata, y disfrazar a los pequeños es una de las más puras y gratas satisfacciones del amor maternal.

De modo que si el tiempo lo permite, se prepara un carnaval animadísimo, lo cual no tiene nada de particular; porque así como el en-

fermo busca por todos los medios la salud, los que están dominados por la tristeza, inspirados por el instinto de conservación, hacen todo género de sacrificios por hallar la alegría.

Estas expansiones son necesarias y si los que administran nuestros intereses, recordaran que nuestro ser se compone de cuerpo y alma, algo harían para que esta infeliz que tantos motivos de aflicción encuentra en su peregrinación, tuviese frecuentes ocasiones de olvidar sus amarguras.

Un reciente acuerdo del Ayuntamiento contribuirá en parte a este resultado. Los pianos mecánicos que recorrian las calles reproduciendo las piezas de ópera y zarzuelas más populares, que llenaban el espacio con esas melodías que se «pegan al oído» y gusta tanto oír a los melancólicos, van a salir del ostracismo a que fueron condenados.

Sólo pretexto de que hacían demasiado ruido y no dejaban dormir la siesta al pacífico vecindario, dispuso el Municipio que desapareciesen los pianos de la vía pública. Pero al extinguirse las dulces melodías, quedaron esos cánticos y pregones de los vendedores ambulantes, no todos musicales.

Ahora volveremos a oír el «duo de los paraguas», los preciosos valses de Suppé y de Straus, los «couplets» de la «Mascota», y quien sabe si nos regalarán algunas de las creaciones del insigne Wagner que la Sociedad de Conciertos ha puesto de moda.

Ya sabemos que hay personas cuyos nervios no pueden resistir la música; pero son la excepción y la mayoría del vecindario volverá a oír con gusto esos pianos industriales, que animan la calle y alegran a los corazones tristes obligados a permanecer en sus jaulas.

Los estrenos abundan. En la Comedia el «Obstáculo» de Daudet no ha producido gran efecto; pero como se trata de una obra que ha llamado la atención en París, despierta curiosidad. En Apolo los «Aparecidos» han obtenido un éxito franco que promete a la empresa buenas entradas siempre que represente esta zarzuela en la que el chispeante diálogo y la no menos chispeante música se apoderan de los espectadores. El éxito de «Thermidor» en la Princesa no parece agotarse. La empresa de este teatro está de enhorabuena. En Eslava se aplaude todas las noches con justicia la «Madre del cordero», preciosa producción del fácil, discreto é ingenioso poeta Flaco Fraizoz.

Después de todo lo que he contado que pertenece al género de color de rosa, me dejo de expreso en el tintero todo lo del género negro. Al fin y al cabo todo ello es tinta.

JULIO NOMBELA.

VARIEDADES

COLABORACION INÉDITA.

UN BUEN PLATO DE POSTRE

—Mira Arturito, hijo mío, le dijo ella cuando las manecillas del reloj indicaron que sólo unos minutos faltaban para que las nueve de la noche sonasen, yo me voy a vestir para marcharme, ya sabes que la tía está peor y no quiero que mi madre soporte sólo las fatigas de la velada.

—Vaya mujer, como ha de ser, dijo él, tendré paciencia; puesto que no hay remedio, vos, pero bien sabe Dios que yo hubiera deseado que esta noche te quedases en casa.

—Si no quieres... repuso ella con vacilación.

—No, no, nada; no dejes de ir; ya te lo he dicho, tendré paciencia...

A poco de sostener este breve diálogo, separáronse los esposos; Julia acompañada de la doncella partió con propósito de ir a casa de su madre; Arturito, quedó allí en el gabinete tendido con indolencia en chaise-longue, dando inequívocas muestras del disgusto que le causaba la ausencia de su esposa y del aburrimiento que empezó a abrumarle desde que se halló sólo.

—Pues señor, ¿qué haré para distraerme? se decía. El sueño no hay que contar con él hasta más de media noche; leer, eso sí, leeré; vamos a ver ¡cállal! ¿quién habrá puesto aquí este billete del casino? Baile de máscaras... ¡carambolis qué idea! si yo me atreviese... pero no, Julia puede saberlo y... ¿por quién, vamos a ver, por quién? Lo que es Pedro no se lo dice, es la fidelidad en persona y la muchacha se estará con ella toda la noche... Pensemos despacio; Julia vendrá a las nueve de la mañana ó después; si yo voy al baile me retiro temprano, me acuesto, tengo tiempo de descansar y como si nada hubiera ocurrido... Decidido, decidido, me voy al baile; en no metiéndome en compromisos nada arriesgo; por el contrario, me distraigo, ceno como un bon-vivan y punto concluido.

Ayudado por Pedro en breve tiempo se vistió Arturo el traje de etiqueta, tomó el clac, recomendó el mayor sigilo al criado y animado del mismo aire de contento que pudiera expresar un colegial al abandonar la mortificante vida del colegio para gozar de ovaciones, emprendió el camino de la distinguida sociedad que con un baile muy ameno se disponía a celebrar la llegada del carnaval.

Iba nuestro hombre siguiendo su camino sin prisa ni despacio, gozando en su interior con la calaveradilla aquella que iba a cometer; vió venir hacia él dos personas; dos mujeres que parecían del pueblo y se tapaban con el embozo del mantón casi todo el rostro; pasó junto a ellas, mirólas con cierta picardía y al pasar las dos precipitadamente por su lado, escuchó la risita de una de ellas, así como moviéndose de él que casi estuvo por ponerse en su seguimiento para saber quien era la atrevida.

—¡Ah, si hubiera estado soltero! Pero ya, ya se figuraba él de qué se habría reído; del airecito que llevaba de perdonavidas y calaverón, con el clac ladeado con cierta gracia y aquella flor en el hojal del frac... si, de eso sería ¡a qué dudá! La

verdad es, pensaba, que lo que hago no está en el orden; un hombre casado irse de ocultis a un baile... es decir de ocultis no, que bien descubierta llevaba la cara... pero en fin, a lo hecho pecho, adentro y fuera temores.

Al llegar dejó el abrigo en el guardarropa tomando su número; apabulló el clac con elegante movimiento; arreglóse ante un espejo el flamante traje y al abrocharse el último botón del guante de la diestra mano hizo su entrada en el salón destinado al baile.

Aquello era una Babel; gritos por aquí, voces por allá, risas, agudezas, saltos, brinco, el disloque general de la sociedad representado por aquel tropel de mascaritas, que no cesaban un instante en sus bromas é ingeniosas ocurrencias para marear a los embromados procureros do permanecer desconocidas.

Con ser un baile la fiesta que se celebraba, en aquella sociedad se seguía la costumbre de desterrar a Terpsicore de sus salones durante el carnaval, quedando reducida aquélla a una reunión en la que se admitían máscaras siempre que éstas fuesen señoras; a los hombres no se les permitía el disfráz y eran de oír las chispeantes y graciosas ocurrencias de las disfrazadas y el incesante tiroteo é irónico manejo de frases empeñado entre hembras y varones, armando espantosa algazabía confundida con la armonía de la orquesta, que de cuando en cuando ejecutaba algo alegre contribuyendo a dar más animación a todos.

Arturo en medio del salón había sido acosado a su llegada por uñas y otras máscaras que embromándole le mareaban con su bulliciosa cháchara y entre todas, dos particularmente llamaron su atención que cada vez que pasaban por su lado le daban un abanicazo en el hombro echándose a reír con tan franca risa, que hacían reír a las demás y a él también al mismo tiempo.

Llegó el descanso; las máscaras de la alegre risa, cogieron por su cuenta al marido calavera, y una de ellas, de atiplada voz perfectamente disimulada, tales cosas le decía y tales secretos le descubría que el bueno de Arturo, adquiría cada vez mayor empeño por conocerla.

—Mira mascarita, le dijo, aunque peque de indiscreto, te convidó a cenar.

—Gracias, le contestó, no ceno.

—¿Desconfías de mí?

—No desconfío, sino que adivino tus pensamientos.

—¿Si? Vaya, pues dime cuales son.

—No, no te los digo.

—Anda, ven a cenar.

—Si me hicieras una promesa te acompañaría.

—Dímela y la cumpliré a fe de caballero.

—Mira que puedes arrepentirte.

—Pero máscara, ¿no empeño mi palabra?

—Pues por eso te lo advierto.

—¿Qué quieres que te prometa?

—Hacer lo que yo te mande.

—Lo haré si te descubres.

—¿Y si no?

—Sí, no.

—Bueno, me descubriré.

—¿Te descubrirás? Entonces queda empeñada mi palabra de obedecerte fielmente.

Hacia el «restaurant» se fueron ambos; ella silenciosa; él, manifestando cierta alegría, que denotaba su amor propio satisfecho por haber hecho una conquista.

—¿Qué quieres cenar máscara? preguntó Arturo.

—Nada, repuso ella, te he dicho que te acompañaría, y ya ves si lo he cumplido, otra cosa no puedes exigirme.

En vano fue su empeño en hacerla cenar; nada consiguió de la mascarita, que ya no hablaba y que sin embargo, debajo

de la careta roja, faltándole poco para soltar la carejada, ideando algun maquiavélico plan.

Por conocer a la tapada, apresuradamente cenó el conquistador, lanzando al terminar una grata exclamación; saboreando de antemano el placer de la sorpresa que aguardaba.

—Vaya, ya he terminado; dijo Arturo. dame tus órdenes para obedecerte.

—Paga primero, le contestó ella.

Pagó su cuenta el conquistador en cienes, y apenas el mozo desapareció, escuchó que la mascarita le decía:

—¿Estás resuelto a cumplir tu palabra, Arturo?

—¿Y tu a descubrirte? le preguntó él a su vez.

—Sí, contestó ella.

—Pues yo también, dijo él.

—¿Si? repuso la máscara ya medio descubierta, pues anda, coge el abrigo y vámonos a nuestra casita, que mejor estarás durmiendo que de conquista en el baile.

—¡Julia! dijo asombrado el desconcertado esposo al ver el lindo rostro de su esposa.

—Anda calaverilla, vámonos a casa, vámonos pronto, que estoy rendida de sueño y de cansancio.

—¿Qué si hubo perdón, decía? Ya lo creo, desde el primer instante; muy cogidos del brazo, caminito de su casa marchaban alegremente, poco después de esta escena, celebrando el buen bromazo y riéndose los dos con toda el alma de la chistosa sorpresa que gozó Arturito al quitarse Julia la careta, proporcionándole tan inesperado y sabroso plato de postre después de la cena.

DIONISIO MORQUECHO.

Febrero 21-92.

EFEMÉRIDES HISTÓRICAS

27 DE FEBRERO DE 1801.

España declara guerra a Portugal.

Con el afán de congraciarse el gobierno de Carlos IV con el de la Convención francesa llegó a discursir, entre otros medios, el de imponer al del vecino reino lusitano la dura y absurda exigencia de que rompiera la alianza que mantenía con Inglaterra, como potencia a la sazón rival de Francia, so pena de dar por terminadas las relaciones de amistad subsistentes entre Portugal y España.

Las condiciones que bajo esta base contenía el convenio formulado por el ministro español Pedro Ceballos y por el embajador de la república Luciano Bonaparte, eran por demás onerosas y depresivas para que dignamente las aceptase el gabinete lusitano y como con efecto fueron rechazadas, quedó de hecho declarada la guerra.

Un ejército francés compuesto de 15 mil hombres y tres divisiones del nuestro que ascendían a 60.000, todos ellas al mando del principal promovedor de tan malhadada lucha, Manuel Godoy, invadieron el vecino reino é hicieronse dueños de las plazas de Olivenza y de Jurmeña.

Aunque el ejército portugués ascendía también a la importante cifra de 40.000 soldados y no escatimó ninguna clase de esfuerzos para contener la rapidez con que los aliados iban esparciéndose por el Alentejo, al fin tuvo que doblegarse a los aliados y solicitar la paz el gobierno lusitano.

El tratado fue estipulado y firmado en Badajoz en Junio del mismo año y por él quedaron obligados los vencidos a anular las relaciones comerciales con la nación inglesa y a desprenderse de la plaza de Olivenza, que desde entonces viene incorporada a nuestro territorio.